

Prem Dayal

¡Me vale madres!

Mantras mexicanos
para la liberación del espíritu



¡Me vale madres! es un libro de sabiduría metropolitana que reúne las dos almas del autor: la del artista y la del maestro de meditación. Con paradojas, provocación, sentido del humor y gusto por la narración, Prem Dayal nos explica por qué la humanidad está tan jodida y cómo la cultura mexicana puede salvar al mundo con sus mantras. Tanto el desapego, la purificación y la desidentificación están reunidos en estos mantras, que constituyen uno de los mayores tesoros espirituales del pueblo mexicano. Lejos de ser un libro-burla, *¡Me vale madres!* es un libro auténtico para el desarrollo de la conciencia. La diferencia con otros libros de este mismo ámbito es que, como dice el autor, éste no es de hueva. El fundador del Osho Meditation Center en México nos presenta este curso de meditación que, sin duda alguna, es el más original de todos.

Prefacio

En mi vida de artista, todas las veces que me han preguntado el significado de mis obras, he respondido siempre: "No tengo la menor idea". No es tarea del artista saber lo que hace. El artista es simplemente un canal a través del cual la creatividad de la existencia se manifiesta de forma impredecible, aun para el mismo artista. Entender cuál es el significado de la obra es más una tarea del público o, aún más, de la crítica. El artista es como un niño que juega, y de hecho el criterio que uso para ver si lo que estoy creando es bueno o no es preguntarme: "¿me estoy divirtiendo en hacerlo?" Si la respuesta es sí, no tengo dudas y continúo.

Entonces, también en el caso de este libro es válido este argumento, pero sólo en parte. Por un lado, escribirlo ha sido simplemente la expresión de mi alegría y del gusto que tengo por la narración, la broma, la paradoja y el irresistible placer que encuentro en provocar. Por el otro, el libro responde al propósito de ofrecer unos elementos de reflexión sobre la condición humana y de abrir, de forma semiseria, una ventana sobre el panorama de los conceptos que están en la base de la meditación.

De hecho, al escribir este libro mis dos almas se han juntado: el artista y el maestro de meditación. Era inevitable que, dedicando tantos años a conducir gente en mis talleres de terapia-meditación, coleccionara formas divertidas de explicar lo que generalmente se presenta como una materia seria, porque es típico de mi índole ver el lado cómico de todas las cosas... casi de todas.

Además, me encuentro viviendo en México, que es un país muy simpático, alivianado, abierto en el corazón, con un idioma muy, muy divertido y ocurrente, que tuve la fortuna de aprender en la calle y no en la escuela (de hecho hay expresiones que sólo sé decir en forma de groserías, y últimamente he aprendido que, por ejemplo, "estar jodido" se puede decir "estar fregado"). Tomar expresiones típicas de este idioma y de este carácter mexicano, que simpatiza a todo el mundo, y transformarlas en Mantras ha sido inevitable.

No habiendo nacido en México, sino en Italia, tuve que pedir permiso a los ancestros de esta cultura, que mezcla lo hispánico y lo prehispánico, para poder hacer ironía sobre una cultura que no es la mía... aun si la siento bien cercana. Amo este país con todos sus defectos; le estoy muy agradecido por el calor con el cual me ha acogido como uno de sus hijos, y, por cuanto me pareció recibir del permiso de los ancestros, espero recibir también el de ustedes.

Este libro es el resultado de lo que la historia de mi vida ha hecho de mí: mis padres, mis hijos, mis amigos, encuentros casuales, mujeres, amantes, libros, películas, mi maestro de teatro y amigo Armando Pugliese, el grande Dario Fo, mi maestro de mimo Hugo Suárez... y más que todos, estalla en el cielo un nombre: Osho.

Me gusta decir que no hubiera Prem Dayal si no hubiera Osho. Me siento bendecido de ser uno de estos seres que fueron tan afortunados de tropezar con la gracia de un maestro, descubriendo la delicia de ser un discípulo. Si la experiencia de la iniciación espiritual es la de un renacimiento, puedo decir que lo he vivido.

En estas paginas Osho está tan presente que a veces no sé si el que escribe soy yo o él. Son veinticinco años que me acompaña cotidianamente en mi camino y son tantos los libros que he leído, son tantas las horas de escucharlo y verlo, que al final empiezo a no saber dónde termino yo y

dónde empieza él. Por esto, excluyendo un par de veces, he evitado citarlo.

Y por terminar los agradecimientos. Necesitaría el espacio de otro libro para citarlos a todos. Unas de las riquezas de mi vida son las innumerables personas que siempre he encontrado listas a enriquecer mi vida de tantas formas. Pero al menos dos merecen ser nombrados. Mi amigo Rajan, que parece ser un ángel de la guardia, alguien que verdaderamente me quiere en cualquier parte del cielo, me lo ha puesto para protegerme las espaldas con su infinito corazón e infatigable entrega. Y a Nayeli que, pacientemente, mirándome pasar horas y horas riéndome solito en mi computadora preparando este libro para ustedes, ha sido la primera lectora de cada capítulo, mi vocabulario viviente (el libro lo he escrito en castellano que no es mi idioma), mi consejera en la fase de corrección y mi implacable censora cuando mi manía de provocar se pasaba de la raya.

Por último. He pedido a mi corrector de estilo dejar el estilo exótico en el cual me expreso en castellano, porque éste no quiere ser un libro correcto, sino un libro vivo.

Buena lectura amigos.

Con amor, Dayal.

Introducción

¿Cómo empezó todo este relajajo? No tengo la menor idea. El buen viejo Sócrates decía: "Lo único que sé es que no sé nada". ¡Si no lo sabía Sócrates pueden imaginar qué sé yo! Pero hay un chingo de gente que dice saber mucho, que por lo tanto es mucho más inteligente que yo y que Sócrates... que al final como compañero de banca no es de quien te puedas avergonzar. Hay quien habla con los ángeles, quien habla con los muertos, quien con criaturas del bosque, con extraterrestres, con duendes, animales... y los más afortunados hablan por larga distancia directamente con Dios...

Desafortunadamente, a menudo pasa que esta misma gente, que se encuentra a todo dar hablando con fantasmas, plantas, ovnis, ovinos, bovinos y todo tipo de bestias, tiene serias dificultades para comunicarse con sus propios hijos, su pareja, o con el güey del *valet parking*

Hay quien cree en antiguas mitologías y te sabe dar hasta la dirección y código postal donde se encuentran el paraíso y el infierno y quien, incluso, puede darte el número verde 01800 de atención al cliente del otro mundo, sin hablar de los más afortunados que llegan a tener hasta el celular de San Pedro para intentar sobornos. Hay quien, con calendarios y cálculos astronómicos, te arregla todo el desorden cósmico, quien conoce fórmulas milagrosas para resolver cualquier problema (si conocen alguien capaz de hacer recrecer el pelo díganmelo por favor, estoy dispuesto a convertirme a cualquier religión)... Hay quienes sostienen

que vienen de otros planetas, y pueden exhibirte incluso el pasaporte de Venus o de Quirón (que nadie sabe qué es ni dónde está); hay quien te revela el *Secreto*, pero te lo revela si lo pagas; hay otros que te lo esconden; hay quien te cobra pero no sirve de nada y quien no cobra pero lo mismo no sirve y por lo tanto es más conveniente porque al menos es gratis; hay *walk in* y hay *walk out*, que nunca se encuentran entre ellos. Hay muchos que se iluminan y aún más que se fulminan... Y éste es bueno porque, con todos estos que se iluminan, la gente normal se siente un poco pendeja pero, mirando a los que se fulminan, se sienten mejor y van a festejar en una cantina con los amigos. Hay quien no habla por sí mismo, si no que escucha voces de otras entidades o espíritus... y si hay unos de estos que escriben libros y ganan admiradores, hay otros menos afortunados que terminan en el psiquiátrico. Y al final hay los "canalizadores": los que hablan por cuenta de otros que ya han muerto o que están todavía por nacer, o que no se sabe quién demonios son. Hay quien "canaliza" a Nostradamus, San Francisco, Lord Shiva, la Grande Madre, el Gran Hermano, Mary Poppins, el Pato Donald...

Siempre he querido escribir un libro para poner en papel lo que me pasa por la cabeza y los argumentos con los cuales entretengo a mis amigos en talleres y conferencias, pero pónganse en mi lugar: ¿Cómo puede escribir un libro que tenga un poco de credibilidad alguien como yo, que es ignorante como el pobre Sócrates, que nunca recibió un telefonazo, no digo del Arcángel Gabriel sino tampoco de su secretaria, que nunca tuvo una visión ni de una miserable cucaracha dando un sermón, que no viene ni de Venus ni de Quirón sino de un pinche pueblito del sur de Italia, que ha estado mucho más cerca de la fulminación que de la iluminación, que no es un *walk up and down*... y que, además, ni sabe hablar correctamente el español?

Pero el otro día, caminando por la Condesa (¿no la conocen? ¡Está de poca madre...!), me preguntaba a mí mismo: “Dayal, ¿cómo es posible que te pasen tantas pendejadas por la mente? ¡No es posible que tal cantidad de tonterías se produzcan todas solitas en una cabeza tan chiquita!”

Era claro que había alguien que estaba hablando dentro de mí, en mi lugar. ¡Pero esto es sensacional! —me dije—. ¡Yo también soy un *chaneller*, un “canalizador”! ¡Yo también soy un ser excepcional! ¡Yo también recibo mensajes de verdad del más allá! ¡Yo también puedo escribir un libro! Pero, ¿quién será esta entidad a la que estaba canalizando? La cosa rara era que esta voz me hablaba en español, o mejor dicho en mexicano... O para ser más preciso en chilango; y yo hablé y pensé toda mi vida en italiano.

Fue allí cuando me di cuenta de que algo misterioso estaba ocurriendo en mi vida. ¡Fue allí que con gran emoción me di cuenta que estaba canalizando al famosísimo Pancho López!

Era hora de empezar a escribir.

PRIMERA PARTE LA GÉNESIS

Al principio era el caos

¿En el principio era el caos? ¿O era el verbo? ¿Todo empezó con una explosión magnética? ¿O un hoyo negro? ¿Era el alfa o el omega? ¿Quién tocó el Big Bang? ¿O tocaron el yin yang? ¿O hay un Dios que tiene un taller de barro, que hace estatuitas, les escupe encima y las avienta sobre el planeta? ¿O fue Con-Tiqui Viracocha quien apareció de repente en el peruano lago Titicaca con los primeros humanos, esmerándose por crear el sol, la luna y las estrellas para iluminar el mundo? ¿O es el chino Pangu que, nacido del Huevo Cósmico (y no de la hueva cósmica, como sostiene erróneamente Pancho López), creó el cielo con la parte superior del cascarón del huevo y con la inferior la tierra? ¿O fue el Dios babilonio Marduk (y no Mierduk como dice Pancho López para fastidiar a los babilonios) quien dividió el cielo de la tierra cortando en dos al monstruo marino Tiamat? ¿O la responsable de todo es la Trimurti, el alegre trío hindú de Brahma, Vishnú y Shiva? ¿O fueron Tepeu y Kukulcán al encargar a Huracán —el corazón del cielo—, crear todo intentando primero con el lodo, después con la madera y finalmente con el maíz? ¿O son Caín y Abel... o Rómulo y Remo...? ¿O pertenecemos al mundo virtual de Matrix...? ¡Qué confusión...! ¿O fue a la sombra de las pirámides que el Dios solar Atum, nacido del océano primordial Nun, creó con la saliva el vacío Shu y la humedad Tefnut, de donde surgieron Geb y Nut, la tierra y el cielo (¡esto está complicado!), que a su vez crearon a Osiride, Iside, Seth y Nefti, cuatros hermanos de los cuales nació incestuosamente toda la humanidad? ¿O se trata de isótopos estables y

biomarcadores moleculares, que entraron en contacto con ácidos nucleicos, procariontes filogenéticos y biomoléculas ramificadas, que si los mezclas todos juntos te hacen una sopa primordial que, con un poco de chile y limón, te sabe a eternidad?

Yo no sé cómo empezó todo este desmadre cósmico, pero sé cómo empezó mi desmadre personal, que es más o menos el mismo desmadre que ocurre a todos los que se ganan el boleto para subir a este planeta.

Lo que es cierto es que llegamos todos como expresión de la deslumbrante grandeza del misterio de la existencia. De hecho, mira a los niños de este mundo: todo lo que encuentras en sus ojos es pureza, honestidad, generosidad, confianza, inteligencia, valor, sencillez... no hay un niño que no sea totalmente noble. Los niños son gente muy bonita.

Después mira a un grupo de seres humanos adultos: un grupo de licenciados, profesionistas, señoras, comerciantes, políticos, administradores, policías y amas de casa, que lidian con sus vidas cargados con sus manías, ambiciones, miedos, mentiras, timideces, cálculos, hipocresías... y te preguntarás: ¿Dónde quedó toda esta gente tan bonita que había llegado a este mundo? ¿Qué ha pasado a la humanidad? ¿Cómo sucedió todo este relajajo?

Del oro al plomo

Todos sabemos que, desde siempre, la humanidad ha sido forjada por padres, maestros y sacerdotes. Lo que, sin embargo, no todos saben es que padres, maestros y sacerdotes son refinados alquimistas que, en sus antiguos laboratorios a los cuales han dado los nombres bonitos de familia, escuela, gobierno, iglesia o templo, se transmiten de padre a hijo los secretos de su arte. Y gracias a milenios de experiencia logran realizar el sueño que miles de alquimistas tradicionales han perseguido desde siempre, buscando la piedra filosofal entre polvos mágicos, fórmulas químicas y alambiques coloridos. ¿Transformar el plomo en oro? No, al revés: transformar el oro en plomo.

Estos extraordinarios brujos son capaces de tomar seres inocentes, confiados, puros, sanos, nobles, íntegros y relajados, y transformarlos en neuróticos, pervertidos, enfermos, sádicos, hipócritas, tímidos y llenos de culpa, ambición, celo, envidia, avidez y violencia. ¿No es extraordinario?

Ora imaginemos que sea verdadera la historia, un poco infantil pero poética, de que un Dios con la barba blanca haya creado al hombre a su imagen y semejanza, y no al revés como sostiene Nietzsche.

De hecho me parece mucho más verosímil que, como dice el filósofo alemán, sea el hombre quien ha creado a Dios a su imagen y semejanza. De hecho si los burros fueran tan burros de crear una religión, ¿ustedes piensan que podrían aceptar la idea de un Dios con forma humana? Se-

guramente creerían en un Dios en forma de burro. Claro, un burro rampante en estilo Ferrari, con la melena toda blanca y la cola larga y peluda, flameante en el cielo azul, con una sonrisa irresistible y un rebuzno de tenor... ¡Pero siempre un pinche burro! Bien lejos de una forma humana. A lo mejor hubieran elegido la forma humana para representar al diablo, considerando todo lo que los humanos han hecho sufrir a los pobres burros.

Pero nosotros quedémonos con la bella imagen de este Dios artesano en su taller renacentista... Una especie de Miguel Ángel del barro. Señores, este Dios no es simplemente un artista, este Dios es el más grande artista de todos los tiempos. No es un simple Dios, ¡éste es un señor Dios! Un artista que produce continuamente toda clase de cosas ¡Y no en serie! Sino al contrario, produce miles, millones, billones, architramillones de piezas absolutamente únicas e irrepetibles.

Sé que la historia que nos contaron habla de que Dios creó todo el mundo en siete días, pero francamente no lo creo posible. ¿Pero cómo? ¿Trabajó sólo siete días? Ni siete, ¡porque uno se lo tomó de vacaciones! ¿Y después? ¿Qué hizo desde ese entonces? ¿Nada más? ¡Ni siquiera fumar opio...! y la sospecha de que era un fumador de opio te viene cuando ves el desmadre que ha creado.

Yo puedo entender que uno, después de una semana de trabajo, se tome un par de días de descanso... Puedo entender que se tome una semana... Un mes... Quiero exagerar: ¡un año sabático! Pero no toda la eternidad. ¿Y qué hace desde ese entonces? ¿Mira televisión por cable? ¿Es un apasionado del fútbol americano? ¿Juega solitario? Nunca se vio alguien tan flojo. Se dice que los artistas son huevones, pero este Dios no es un huevón, ¡éste es el rey de los huevones!

No, no, no sucedió todo en siete días. Pancho López me asegura que el taller de Dios funciona todavía a pleno régimen, y Dios continúa trabajando con el mismo entusiasmo que tenía incluso antes que hiciera a Adán, Eva, la serpiente, el árbol y la manzana.

Entonces Dios, en su siempre verde entusiasmo, decide regalar al mundo una nueva obra de arte. Y así, con toda la entrega, todo el amor, y todo el genio del cual es capaz, crea un nuevo ser humano y lo envía sobre este planeta en forma de bebé recién nacido.

¿Te has dado cuenta alguna vez de que tú, así como eres, eres un ser único e irrepetible? Uno como tú nunca había aparecido desde la eternidad del pasado y nunca va a repetirse en la eternidad del futuro. Sí, sí, piénsalo un momento. Si un pinche artista no hace dos obras iguales, imagínate Dios, que es el padre de todos los artistas. ¡Dios no hace las cosas en serie! ¡Dios no es la Volkswagen!, y lo siento por los catolicísimos poblanos, pero no vive en Puebla. Dios la única cosa que sabe de Puebla es lo de la batalla, por reminiscencia escolar.

Entonces un bonito día finalmente llega al mundo este bebé.

Cuando llega un bebé recién nacido, mirándolo, la primera preocupación que te viene es: ¿Quién es éste? ¡Dios quiera que no sea otro pendejo! Y la preocupación es comprensible porque basta mirar alrededor para entender que el mundo no aguantaría uno más. Pero, si miras el asunto en profundidad, ésta es una preocupación totalmente inútil, porque no hay niño que no nazca como expresión completa y brillante de la gloria del Dios que lo ha creado. No hay niño que no lleve dentro de sí todos los elementos que sacados a la luz, a lo largo de su crecimiento, revelarán cuál

es la nota singular e inigualable que Dios quiso agregar para enriquecer la sinfonía del universo. No hay niño que no sea Oro Puro.

Si hay un chingo de pendejos, la responsabilidad no es de Diosito, es de alguien más. Pero esto lo vamos a ver al ratito.

Ahora, ¿qué haría una sociedad donde los padres fueran simplemente padres, los maestros, maestros, y los sacerdotes, sacerdotes? ¿Qué postura tendría una sociedad evolucionada, humana, inteligente, que vive en el amor y la gratitud para la compasión de Dios, frente a este pedacito de Oro Puro llegado del más allá?

Probablemente diría: ¡Guau! Mira este nuevo que llegó. ¿Quién sabe quién es? ¿Qué cosa podemos hacer nosotros, que somos poderosos, expertos, inteligentes, intuitivos y sensibles, para crear las condiciones para que él revele todo su potencial? ¿Cómo podemos individualizar los instrumentos, el territorio y el ambiente apto para que este nuevo ser pueda desarrollar sus particulares talentos, sus únicas características, su exclusiva e irreplicable forma de sentir, de amar y de expresar la gloria de la existencia? ¿Qué podemos hacer para permitir que todo el potencial que está contenido en este ser pueda manifestarse con toda su gloria, sin interferir con la pureza de su creación y poder honrar este regalo que nos ha hecho el Gran Artista, manifestándole de esta forma toda nuestra gratitud?

¡Eso sería fantástico...! Y de hecho lo es, en el sentido de que esto se encuentra sólo en la fantasía. Desafortunadamente para los niños, gracias a nuestros "sabios" alquimistas, estamos condenados a todo otro destino.

Cuando llega al mundo un niño inocente en su forma de Oro Puro, estos alquimistas que se llaman padres, maestros y sacerdotes vienen poseídos del fuego de su misión y no pueden resistir al impulso de cumplir su siniestra magia: